

# La Sirenita

En mar abierto, el agua es completamente azul, como los pétalos de lindos acianos, y transparente como el cristal; ¡pero qué profunda es allí! Ninguna ancla alcanza el fondo: para llegar al lecho del mar habría que apilar una sobre otra muchísimas torres de campanario, apenas para que asomaran por encima del agua. En lo más profundo viven las sirenas.

No creáis que allí, en el fondo, solo hay arena blanca y desnuda; no, allí crecen árboles y flores maravillosos, con tallos y hojas tan flexibles que se mueven, como si estuvieran vivos, ante el menor movimiento del agua. Entre sus ramas corretean peces pequeños y grandes, exactamente igual que aquí entre nosotros vuelan los pájaros. En el lugar más profundo se alza el palacio de coral del rey del mar, con grandes ventanas puntiagudas de ámbar purísimo y un techo formado por conchas que se abren y se cierran según la marea creciente o menguante; resulta muy hermoso, pues en el centro de cada concha reposa una perla de tal belleza que una sola de ellas bastaría para adornar la corona de cualquier reina.

El rey del mar enviudó hace mucho tiempo, y su anciana madre llevaba las riendas de la casa: mujer inteligente, pero muy orgullosa de su linaje; lucía en la cola toda una docena de ostras, mientras que los nobles solo tenían derecho a llevar seis. Por lo demás, era una persona digna, especialmente porque amaba mucho a sus pequeñas nietas. Las seis princesas eran sirenitas preciosísimas, pero la mejor de todas era la menor, tierna y transparente como un pétalo de rosa, con ojos profundos y azules como el mar. Pero también ella, como las otras sirenas, carecía de piernas y solo tenía una cola de pez.

Las princesas pasaban todo el día jugando en enormes salones palaciegos, donde por las paredes crecían flores vivas. Por las abiertas ventanas de ámbar entraban nadando los peces, igual que aquí, a veces, vuelan las golondrinas; los peces se acercaban a las pequeñas princesas, comían de sus manos y se dejaban acariciar.

Junto al palacio había un gran jardín; allí crecían muchos árboles de color rojo fuego y azul oscuro, con ramas y hojas que oscilaban eternamente; sus frutos, con ese movimiento, centelleaban como oro, y sus flores como llamas. La propia tierra estaba cubierta de una fina arena azulada, como llama de azufre; en todo el fondo del mar reinaba un resplandor azulado extraordinario: más bien podía pensarse que uno flotaba muy, muy alto en el aire, teniendo el cielo no solo sobre la cabeza, sino también bajo los pies. Cuando no hacía viento, también podía verse el sol; parecía una flor púrpura, de cuyo cáliz manaba la luz.

Cada princesa tenía en el jardín su propio rincón; allí podían cavar y plantar lo que quisieran. Una hizo un parterre de flores con forma de ballena; a otra le apeteció que el suyo pareciera una sirena; y la menor hizo el suyo redondo como el sol y lo plantó con flores de un rojo tan vivo como el astro. Extraña criatura era esta sirena: tan callada, tan pensativa... Las otras hermanas se adornaban con toda clase de objetos que les llegaban de barcos naufragados, mientras que ella solo amaba sus flores rojas como el sol y un hermoso muchacho de mármol blanco que había caído al fondo del mar desde algún barco perdido. La sirena plantó junto a la estatua un sauce llorón rojo, que creció maravillosamente; sus ramas se colgaban sobre la estatua y se inclinaban hacia la arena azul, donde oscilaba su sombra violácea: ¡la copa y las raíces parecían jugar y besarse mutuamente!

Lo que más le gustaba a la sirena era escuchar relatos sobre los seres humanos que viven allá arriba, en la tierra. La vieja abuela debía contarle todo lo que sabía acerca de barcos y ciudades, de personas y animales. Lo que especialmente fascinaba y asombraba a la sirena era que las flores en la tierra perfumaban, ¡no como aquí, en el mar!; que los bosques allí eran de color verde, y que los peces que vivían entre las ramas cantaban maravillosamente. La abuela llamaba «peces» a los pajarillos, de otro modo las nietas no la habrían entendido: ¡ellas nunca habían visto pájaros en su vida!

—Cuando cumpláis quince años —decía la abuela—, también vosotras podréis subir a la superficie del mar, sentaros a la luz de la luna sobre las rocas y contemplar los enormes barcos que pasan, los bosques y las ciudades.

Ese año, precisamente, la princesa mayor iba a cumplir quince, pero las demás hermanas —pues todas habían nacido año tras año— aún debían esperar, y la que más, □□ cinco años, era la menor. Pero cada una prometió contar a las otras hermanas lo que más le hubiera gustado el primer día: los relatos de la abuela satisfacían poco su curiosidad; querían saberlo todo con más detalle.

A nadie atraía tanto la superficie del mar como a la menor, la silenciosa y pensativa sirena, que debía esperar más que todas. ¡Cuántas noches pasó junto a la ventana abierta, clavando la mirada en la azuladura del mar, donde movían sus aletas y colas enteros bancos de peces! Podía distinguir a través del agua la luna y las estrellas; ciertamente no brillaban tan intensamente, pero parecían mucho mayores de lo que nos parecen a nosotros. A veces deslizábase bajo ellas algo parecido a una gran nube, y la sirena sabía que era o bien una ballena que pasaba sobre ella, o bien un barco con centenares de personas; ellos ni siquiera pensaban en la linda sirena que permanecía allí, en las profundidades del mar, tendiendo sus blancas manitas hacia la quilla del navío.

Pero he aquí que la princesa mayor cumplió quince años y se le permitió subir a la superficie del mar.

¡Vaya relatos cuando regresó! Lo mejor de todo, según sus palabras, era tenderse en tiempo calmado sobre un banco de arena y deleitarse, a la luz de la luna, contemplando la ciudad extendida por la costa: allí, como cientos de estrellitas, ardían luces, se oía música, ruido y estrépito de carruajes, veíanse torres con agujas, sonaban las campanas. Sí, precisamente porque no podía llegar hasta allí, eso era lo que más la atraía.

¡Con qué avidez escuchaba sus relatos la hermanita menor! De pie por la tarde junto a la ventana abierta y clavando la mirada en la azuladura marina, solo pensaba en la gran ciudad ruidosa, e incluso le parecía oír el repique de las campanas.

Al año siguiente, la segunda hermana obtuvo permiso para subir a la superficie del mar y navegar adonde quisiera. Emergió del agua justo en el momento en que el sol se ponía y declaró que no podía haber espectáculo mejor que aquel. El cielo resplandecía como oro fundido, contó, y las nubes... ¡ahí ya le faltaban palabras! Teñidas de púrpura y violeta, cruzaban rápidamente el cielo, pero aún más rápido que ellas volaba hacia el sol, como un largo velo blanco, una bandada de cisnes; la sirena también había empezado a nadar hacia el sol, pero este se hundió en el mar, y por el cielo y el agua se extendió un rosado resplandor vespertino.

Un año después subió a la superficie del mar la tercera princesa; esta era la más valiente de todas y navegó hasta un ancho río que desembocaba en el mar. Allí vio colinas verdes cubiertas de viñedos, palacios y casas rodeados de hermosos sotos donde cantaban los pájaros; el sol brillaba y calentaba tanto, que varias veces tuvo que sumergirse en el agua para refrescar su rostro ardiente. En una pequeña bahía vio a una multitud de hombrecillos desnudos que chapoteaban en el agua; quiso jugar con ellos, pero ellos se asustaron y huyeron, y en su lugar apareció cierta bestia negra que comenzó a ladrarle tan terriblemente, que la sirena se espantó y volvió nadando al mar; aquella bestia era un perro, pero la sirena jamás había visto perros.

Y así, la princesa recordaba constantemente aquellos bosques maravillosos, aquellas colinas verdes y aquellos niños encantadores que sabían nadar aunque no tuvieran cola de pez.

La cuarta hermana no fue tan valiente; se mantuvo más bien en mar abierto y contó que aquello era lo mejor: mirase donde mirase, durante muchas, muchas millas a la redonda, solo había agua y cielo, volcado sobre el agua como una inmensa cúpula de vidrio; a lo lejos, como gaviotas marinas, pasaban grandes

barcos, jugaban y daban volteretas divertidos delfines, y enormes ballenas lanzaban por sus narices cientos de chorros.

Luego llegó el turno de la penúltima hermana; su cumpleaños caía en invierno, y por eso vio por primera vez lo que las otras no habían visto: el mar era de color verdoso, por todas partes flotaban grandes montañas de hielo: nada menos que perlas, contó, pero tan enormes, más altas que las torres de campanario más elevadas. Algunas tenían formas muy caprichosas y brillaban como diamantes. Se sentó sobre la más grande, el viento ondeaba sus largos cabellos, y los marineros, asustados, rodeaban la montaña manteniéndose a distancia. Al caer la tarde, el cielo se cubrió de nubes, relampagueó

Un relámpago destelló, tronó el trueno y el mar oscuro comenzó a arrojar bloques de hielo de un lado a otro, brillando bajo el resplandor del rayo. En los barcos recogían las velas, la gente corría despavorida llena de miedo y terror, mientras ella flotaba tranquilamente sobre su montaña de hielo observando cómo los zigzags ígneos de los relámpagos, tras rasgar el cielo, caían en el mar.

En general, cada una de las hermanas estaba encantada con lo que veía por primera vez: todo era nuevo para ellas y por eso les gustaba; pero, al obtener, como muchachas adultas, permiso para navegar por todas partes, pronto se familiarizaron con todo y al cabo de un mes ya decían que en todas partes estaba bien, pero en casa mejor.

A menudo, por las noches, las cinco hermanas se entrelazaban por las manos y ascendían a la superficie del agua; todas poseían voces maravillosas, como no las hay entre los humanos en la tierra, y así, cuando comenzaba la tormenta y veían que los barcos corrían peligro, se acercaban a ellos, cantaban sobre las maravillas del reino submarino y pedían a los marineros que no temieran descender al fondo; pero los marineros no podían entender las palabras; les parecía que era simplemente el ruido de la tormenta; además, de todos modos no habrían logrado ver ninguna maravilla en el fondo: si el barco perecía, las personas se ahogaban y llegaban al palacio del rey del mar ya muertas.

La sirena menor, mientras sus hermanas emergían tomadas de la mano a la superficie del mar, permanecía completamente sola y las seguía con la mirada, dispuesta a llorar, pero las sirenas no pueden llorar, y por eso le resultaba aún más pesado.

—¡Ay, cuándo cumpliré yo quince años! —decía—. ¡Sé que amaré mucho aquel mundo y a las personas que allí viven!

¡Por fin también ella cumplió quince años!

—Bueno, ¡ya te hemos criado! —dijo la abuela, la reina viuda—. ¡Ven aquí, hay que adornarte también a ti como a las demás hermanas!

Y le colocó en la cabeza una corona de blancos lirios de perlas —cada pétalo era la mitad de una perla—, luego, para señalar su alto rango de princesa, ordenó que ocho ostras se enganchasen a su cola.

—¡Pero esto duele! —dijo la sirena.

—¡Por la belleza hay que aguantar un poco! —dijo la anciana.

¡Ay, con qué gusto se habría quitado la sirena todos esos adornos y la pesada corona: las florecillas rojizas de su jardín le sentaban mucho mejor, pero no había remedio!

—¡Adiós! —dijo, y ligera y suavemente, cual una burbuja de agua transparente, ascendió a la superficie.

El sol acababa de ponerse, pero las nubes aún resplandecían con púrpura y oro, mientras en el cielo rojizo ya se encendían maravillosas y claras estrellitas vespertinas; el aire era suave y fresco, y el mar yacía como un espejo. No lejos del lugar donde emergió la sirena, se hallaba un barco de tres mástiles con únicamente una vela izada: pues no había ni la más mínima brisa; en las jarcias y mástiles se sentaban los marineros, desde la cubierta llegaban sonos de música y canciones; y cuando oscureció del todo, el barco se iluminó con cientos de farolillos multicolores; parecía que en el aire ondeaban banderas de todas las naciones. La sirena nadó hasta las mismas ventanas del camarote y, cuando las olas la elevaban ligeramente, podía asomarse al interior. Había multitud de personas ataviadas, pero la mejor de todas era un joven príncipe de grandes ojos negros. Seguramente no tendría más de dieciséis años; aquel día se celebraba su cumpleaños, por eso había tal fiesta en el barco. Los marineros bailaban en la cubierta, y cuando salió allí el joven príncipe, centenares de cohetes se elevaron hacia el cielo, y se hizo tan claro como de día, de modo que la sirena se asustó completamente y se sumergió en el agua, pero pronto volvió a sacar la cabecita, y le pareció que todas las estrellitas del cielo habían caído en el mar. Nunca antes había visto tal espectáculo de fuego: grandes soles giraban como ruedas, magníficos peces de fuego agitaban sus colas en el aire, y todo ello se reflejaba en el agua tranquila y clara. En el propio barco había tanta luz que se podía distinguir cada cuerda, y a las personas mucho más. ¡Ay, qué hermoso era el joven príncipe! Estrechaba las manos de la gente, sonreía y reía, mientras la música resonaba sin cesar en la quietud de aquella noche maravillosa.

Ya se hacía tarde, pero la sirena no podía apartar la vista del barco ni del hermoso príncipe. Las lucecitas multicolores se apagaron, los cohetes dejaron de elevarse al aire, tampoco se oían ya disparos de cañón, pero el propio mar comenzó a rugir y gemir. La sirena se mecía sobre las olas junto al barco y seguía asomándose al camarote, mientras el barco corría cada vez más rápido, las velas se desplegaban una tras otra, el viento se fortalecía, se levantaron las olas, las nubes se espesaron y destellaron los relámpagos. ¡Comenzaba la tormenta! Los marineros se pusieron a recoger las velas; el enorme barco se balanceaba terriblemente, y el viento lo arrastraba por las olas embravecidas; alrededor del barco se alzaban altas montañas de agua que amenazaban con cerrarse sobre los mástiles del barco, pero éste se zambullía entre las paredes de agua como un cisne y volvía a elevarse sobre la cresta de las olas. A la sirena la tormenta sólo la divertía, pero a los marineros les iba mal: el barco crujía, gruesos maderos se hacían astillas, las olas se precipitaban sobre la cubierta, los mástiles se rompían como cañas, el barco se volcó de lado y el agua irrumpió en la bodega. Entonces la sirena comprendió el peligro —ella misma tenía que guardarse de los maderos y escombros que flotaban sobre las olas—. De repente se hizo tan oscuro que no se veía nada; pero he aquí que volvió a brillar un relámpago y la sirena vio de nuevo a todas las personas que había en el barco; cada uno se salvaba como podía. La sirena buscó con la mirada al príncipe y vio cómo se sumergió en el agua cuando el barco se hizo pedazos. Al principio la sirena se alegró mucho de que ahora él llegaría al fondo con ellos, pero luego recordó que los humanos no pueden vivir en el agua y que podría llegar al palacio de su padre solamente muerto. ¡No, no, no debía morir! Y ella nadó entre maderos y tablas, olvidando por completo que en cualquier momento podrían aplastarla a ella misma. Tenía que ora sumergirse hasta lo más profundo, ora elevarse hacia arriba junto con las olas; pero finalmente alcanzó al príncipe, quien ya casi había perdido todas sus fuerzas y no podía seguir nadando en el mar tormentoso; brazos y piernas se negaban a servirle, y sus hermosos ojos se cerraron; habría muerto si la sirena no hubiera acudido en su ayuda. Ella sostuvo su cabeza sobre el agua y dejó que las olas llevaran a ambos adonde quisieran.

Al amanecer amainó el temporal; del barco no quedaba ni una astilla; el sol volvió a brillar sobre el agua y sus rayos luminosos parecían haber devuelto a las mejillas del príncipe su color vivo, pero sus ojos aún no se abrían.

La sirena apartó los cabellos de la frente del príncipe y lo besó en su alta y hermosa frente; le pareció que se asemejaba al niño de mármol que tenía en su jardín; lo besó una vez más y deseó de todo corazón que permaneciera con vida.

Finalmente divisó tierra firme y altas montañas que se perdían en el cielo, en cuyas cumbres, cual bandadas de cisnes, blanqueaban las nieves. Justo en la orilla

verdaba un bosque maravilloso, y más arriba se alzaba algún edificio, parecido a una iglesia o monasterio. En el bosque crecían naranjos y limoneros, y junto a las puertas del edificio, altas palmeras. El mar penetraba en la blanca playa arenosa formando una pequeña bahía donde el agua era muy tranquila pero profunda; allí fue donde llegó la sirena y depositó al príncipe sobre la arena, cuidando de que su cabeza estuviera más elevada y bajo el sol mismo.

En ese momento en el alto edificio blanco sonaron las campanas y al jardín salió una multitud de jóvenes doncellas. La sirena se alejó nadando tras unas altas rocas que sobresalían del agua, cubrió sus cabellos y pecho con espuma marina —ahora nadie podría distinguir en esa espuma su carita blanca— y esperó a ver si alguien acudiría en ayuda del pobre príncipe.

No hubo que esperar mucho: una de las jóvenes doncellas se acercó al príncipe y al principio se asustó mucho, pero pronto recuperó el valor y llamó a la gente para que ayudaran. Luego la sirena vio que el príncipe recobró la vida y sonrió a todos los que estaban cerca de él. Pero a ella no le sonrió e incluso ignoraba que ella le había salvado la vida. La sirena se entristeció y, cuando llevaron al príncipe al gran edificio blanco, ella, triste, se sumergió en el agua y regresó a casa.

Antes ya era tranquila y pensativa, ahora se volvió aún más tranquila, aún más pensativa. Sus hermanas le preguntaban qué había visto por primera vez en la superficie del mar, pero ella no les contó nada.

A menudo, por la tarde y por la mañana, nadaba hasta el lugar donde había dejado al príncipe, veía cómo maduraban y eran recogidos los frutos en los jardines, cómo se derretía la nieve en las altas montañas, pero ya no volvía a ver al príncipe y regresaba a casa cada vez más triste y afligida. Su único consuelo era

Para ella, sentarse en su jardincito, abrazando con sus brazos una hermosa estatua de mármol parecida a un príncipe, bastaba; pero ya no cuidaba más de las flores; estas crecían como querían, por los senderos y caminos, entrelazándose con sus tallos y hojitas con las ramas de los árboles, y en el jardincito se hizo completamente oscuro.

Finalmente no pudo soportarlo más, le contó todo a una de sus hermanas; tras ella lo supieron también todas las demás hermanas, pero nadie más, salvo quizás otras dos o tres sirenas y sus amigas más íntimas. Una de las sirenas también conocía al príncipe, había visto la fiesta en el barco e incluso sabía dónde se hallaba el reino del príncipe.

—¡Ven con nosotras, hermanita! —dijeron las hermanas a la sirena, y de la mano subieron todas a la superficie del mar cerca del lugar donde se alzaba el palacio del príncipe.

El palacio era de piedra brillante de color amarillo claro, con grandes escalinatas de mármol; una de ellas descendía directamente al mar. Magníficas cúpulas doradas se elevaban sobre el tejado, y en los nichos, entre las columnas que rodeaban todo el edificio, había estatuas de mármol, totalmente como si estuvieran vivas. En las altas ventanas de espejo se veían suntuosas estancias; por todas partes colgaban costosas cortinas de seda, había alfombras extendidas y las paredes estaban adornadas con grandes cuadros. ¡Una verdadera maravilla! En medio del salón más grande murmuraba una gran fuente; los chorros de agua saltaban muy, muy alto, hasta el techo de vidrio en forma de cúpula, a través del cual los rayos del sol caían sobre el agua y sobre las plantas maravillosas que crecían en la amplia alberca.

Ahora la sirenita sabía dónde vivía el príncipe, y comenzó a nadar hasta el palacio casi cada tarde o cada noche. Ninguna de sus hermanas se atrevía a acercarse a tierra tan cerca como ella; ella misma penetraba en el estrecho canal que corría justo debajo del magnífico balcón de mármol, que proyectaba sobre el agua una larga sombra. Allí se detenía y contemplaba durante largo tiempo al joven príncipe, mientras él pensaba que paseaba bajo la luz de la luna completamente solo.

Muchas veces lo vio navegar con músicos en su hermosa barca, adornada con banderas ondeantes: la sirenita asomaba desde los verdes juncos, y si alguna vez la gente notaba su largo velo blanco plateado que ondeaba al viento, pensaban que era un cisne batiendo el ala.

Muchas veces también oyó cómo hablaban del príncipe los pescadores que capturaban peces por la noche; contaban muchas cosas buenas sobre él, y la sirenita se alegraba de haberle salvado la vida cuando él, medio muerto, era arrastrado por las olas; recordaba aquellos momentos en que su cabeza reposaba sobre su pecho y cuando ella tan tiernamente besó su blanca y hermosa frente. Pero él nada sabía de ella, ¡ni siquiera soñaba con ella!

Cada vez más y más comenzaba la sirenita a amar a los seres humanos, cada vez más y más la atraían hacia ellos; su mundo terrenal le parecía mucho mayor que el suyo submarino: pues ellos podían cruzar el mar en sus barcos, escalar altas montañas hasta las mismas nubes, y los espacios de tierra bajo su dominio, con bosques y campos, se extendían lejos, muy lejos, ¡y la vista no podía abarcarlos! Deseaba tanto saber más sobre los hombres y sus vidas, pero sus hermanas no podían responder a todas sus preguntas, y acudía a la vieja abuela; esta conocía

bien el «gran mundo», como llamaba con razón a la tierra que se extendía sobre el mar.

—Si los hombres no se ahogan —preguntaba la sirenita—, ¿entonces viven eternamente, no mueren como nosotros?

—¡Claro que no! —respondió la anciana—. También ellos mueren, y su vida es incluso más corta que la nuestra. Nosotros vivimos trescientos años, pero cuando llega nuestro fin, de nosotros solo queda espuma marina, ni siquiera tenemos tumbas cercanas a los nuestros. No se nos ha dado un alma inmortal, y nunca jamás resucitaremos para una nueva vida; somos como ese junco verde: arrancado de raíz, ¡ya no volverá a reverdecer! Los hombres, por el contrario, tienen un alma inmortal que vive eternamente, incluso después de que el cuerpo se convierte en polvo; entonces vuela hacia el cielo azul, allí, hacia las claras estrellitas. Así como nosotros podemos subir desde el fondo del mar y ver la tierra donde viven los hombres, así ellos pueden elevarse después de la muerte hacia países desconocidos y dichosos, que nosotros nunca veremos.

—¿Por qué no tenemos nosotros un alma inmortal? —dijo tristemente la sirenita—. ¡Yo daría todos mis cientos de años por un solo día de vida humana, con tal de participar luego en la dicha celestial de los hombres!

—¡Ni lo pienses! —dijo la anciana—. ¡Aquí vivimos mucho mejor que los hombres en la tierra!

—¡Entonces yo también moriré, me convertiré en espuma marina, no oiré más la música de las olas, no veré las flores maravillosas ni el rojo solcito! ¿Acaso no puedo de ningún modo adquirir un alma inmortal?

—Puedes —dijo la abuela—, pero solo si alguien entre los hombres te ama de tal modo que llegues a ser para él más querido que su padre y su madre, si se entrega a ti con todo su corazón y todos sus pensamientos y ordena al sacerdote unir vuestras manos en señal de eterna fidelidad mutua; entonces una parte de su alma se comunicará a ti, y tú participarás en la eterna dicha del hombre. Él te dará un alma y conservará la suya consigo. ¡Pero esto nunca sucederá! Pues lo que aquí entre nosotros se considera hermoso —tu cola de pez—, los hombres lo encuentran feo: ellos saben poco de belleza; según su opinión, para ser bello hay que tener necesariamente dos torpes soportes —las piernas, como ellos las llaman.

La sirenita suspiró profundamente y miró con tristeza su cola de pez.

—¡Vivamos sin preocuparnos! —dijo la anciana—. ¡Divirtámonos a placer nuestros trescientos años —es un plazo considerable, tanto más dulce será el descanso después de la muerte! Esta noche hay baile en la corte!

¡He aquí un esplendor como no se ve en la tierra! Las paredes y el techo del salón de baile eran de vidrio grueso pero transparente; a lo largo de las paredes, en hileras, había cientos de enormes conchas púrpuras y verde hierba con lucecitas azules en el centro: estas luces iluminaban vivamente todo el salón, y a través de las paredes de vidrio, también el propio mar; se veía cómo hacia las paredes nadaban bancos de peces grandes y pequeños, brillantes con escamas púrpura-doradas y plateadas.

En medio del salón corría un ancho arroyo, y sobre él bailaban las ondinas y las sirenas al compás de su canto maravilloso. Tales voces maravillosas no las tienen los hombres. La sirenita cantaba mejor que todas, y todos le aplaudían. Por un momento se sintió alegre al pensar que nadie y en ninguna parte —ni en el mar ni en la tierra— tenía una voz tan maravillosa como la suya; pero luego volvió a pensar en el mundo de arriba, en el hermoso príncipe y a entristecerse porque no tenía un alma inmortal. Se escabulló inadvertidamente del palacio y, mientras allí cantaban y se divertían, se sentó triste en su jardincito; a través del agua llegaban hasta ella los sonidos de las trompas, y pensaba: «¡He aquí que otra vez navega en su barca! ¡Cómo lo amo! Más que a mi padre y a mi madre. Le pertenezco con todo mi corazón, con todos mis pensamientos, ¡con gusto le entregaría la felicidad de toda mi vida! ¡Haría cualquier cosa por él y por un alma inmortal! Mientras mis hermanas bailan en el palacio de mi padre, iré nadando hacia la bruja del mar; siempre le he tenido miedo, pero quizás ella pueda aconsejarme algo o ayudarme de algún modo».

Y la sirenita nadó desde su jardincito hacia los turbulentos remolinos, detrás de los cuales vivía la bruja. Nunca antes le había tocado recorrer este camino; aquí no crecían ni flores ni siquiera hierba —solo arena gris desnuda; el agua en los remolinos burbujeaba y rugía como bajo las ruedas de un molino, y arrastraba consigo hacia las profundidades todo lo que encontraba a su paso. La sirenita tuvo que nadar justamente entre tales remolinos bramantes; luego, en el camino hacia la morada de la bruja, se extendía una gran zona cubierta de lodo caliente y burbujeante; este lugarcito la bruja lo llamaba su pantano de turba. Tras él ya apareció la propia vivienda de la bruja, rodeada por un bosque extraño: los árboles y arbustos eran pólipos, semianimales-semiplantas, parecidos a serpientes de cien cabezas, que crecían directamente de la arena; sus ramas eran largos brazos viscosos con dedos que se retorcían como gusanos; los pólipos no dejaban ni un instante de mover todas sus articulaciones, desde la raíz hasta la punta misma, agarraban con sus flexibles dedos todo lo que les caía bajo la mano, y nunca jamás lo soltaban. La sirenita se detuvo asustada, su corazón latía de miedo, estuvo a punto de regresar, pero recordó al príncipe, al alma inmortal, y cobró ánimos: se ató firmemente alrededor de la cabeza sus largos cabellos para que los pólipos no

los agarraran, cruzó los brazos sobre el pecho y, como un pez, nadó entre los repugnantes pólipos que extendían hacia ella sus...

manos retorcidas. Ella veía cómo sujetaban con fuerza, como si fueran tenazas de hierro, con sus dedos todo lo que lograban atrapar: blancos esqueletos de hombres ahogados, timones de barcos, cajas, esqueletos de animales, e incluso una sirena. Los pulpos la atraparon y la estrangularon. ¡Esto era lo más terrible de todo!

Pero he aquí que se encontró en un resbaladizo claro del bosque, donde se revolcaban y mostraban sus horribles vientres amarillo pálido grandes y grasientas culebras de agua. En medio del claro había sido construida una casa con huesos humanos blancos; allí mismo estaba sentada la propia bruja marina, alimentando desde su boca a un sapo, tal como las personas dan azúcar a pequeños canarios. A las horribles y grasientas culebras las llamaba sus polluelos y les permitía revolcarse sobre su gran pecho poroso como una esponja.

—¡Sé, sé para qué has venido! —dijo la bruja marina a la sirena—. ¡Estás tramando tonterías, pero aun así te ayudaré, para tu propia desgracia, belleza mía! Quieres obtener, en lugar de tu cola de pez, dos soportes para caminar como los humanos; quieres que el joven príncipe te ame y tú consigas un alma inmortal.

Y la bruja rio tan fuerte y tan horriblemente, que tanto el sapo como las culebras cayeron de encima de ella y se tendieron en el suelo.

—Bueno, has llegado a tiempo —continuó la bruja—. Si hubieras venido mañana por la mañana, habría sido tarde, y no podría haberte ayudado antes del año próximo. Prepararé para ti una poción; la tomarás, nadarás con ella hacia la orilla antes del amanecer, te sentarás allí y la beberás hasta la última gota; entonces tu cola se dividirá en dos y se transformará en un par de piernas maravillosas, como dirían los humanos. Pero sentirás un dolor tan grande como si te atravesaran de lado a lado con una espada afilada. Sin embargo, todos cuantos te vean dirán que nunca han visto una doncella tan encantadora. Conservarás tu andar aéreo y deslizante; ninguna bailarina podrá compararse contigo; pero recuerda que pisarás como sobre cuchillos afilados, de modo que herirás tus piecitos hasta hacerlos sangrar. ¿Estás de acuerdo? ¿Quieres mi ayuda?

—¡Sí! —dijo la sirena con voz temblorosa, pensando en el príncipe y en el alma inmortal.

—Recuerda —dijo la bruja— que una vez adoptes forma humana, ¡ya no podrás volver a ser sirena! No volverás a ver jamás ni el fondo del mar, ni la casa de tu padre, ni a tus hermanas. Y si el príncipe no te ama de tal manera que olvide por ti a su padre y a su madre, no se entregue a ti con todo su corazón y no ordene al

sacerdote unir vuestras manos, de modo que os convirtáis en marido y mujer, no obtendrás un alma inmortal. Al primer alba, después de que él se case con otra, tu corazón se hará pedazos y te convertirás en espuma del mar.

—¡Que así sea! —dijo la sirena, palideciendo como la muerte.

—¡Aún debes pagarme por mi ayuda! —dijo la bruja—. ¡Y no cobraré barato! Tienes una voz maravillosa, y con ella piensas hechizar al príncipe, pero debes entregarme tu voz. Tomaré por mi preciosa poción lo mejor que posees: pues debo mezclar en la poción mi propia sangre, para que sea tan aguda como el filo de una espada.

—Si tomas mi voz, ¿qué me quedará? —preguntó la sirena.

—Tu precioso rostro, tu andar deslizante y tus ojos habladores: ¡es suficiente para conquistar un corazón humano! Bueno, basta, no temas, saca la lengua y yo la cortaré como pago por la bebida mágica.

—¡Bien! —dijo la sirena, y la bruja puso al fuego un caldero para preparar la poción.

—¡La limpieza es la mejor belleza! —dijo, frotó el caldero con un manojo de culebras vivas y luego se arañó el pecho; en el caldero goteó sangre negra, de la cual pronto comenzaron a elevarse nubes de vapor que adoptaban formas tan caprichosas que daba miedo mirarlas. La bruja añadía sin cesar al caldero nuevos y nuevos ingredientes, y cuando la poción comenzó a hervir, se oyó algo parecido al llanto de un cocodrilo. Finalmente, la bebida estuvo lista y parecía agua de manantial cristalina.

—¡Aquí la tienes! —dijo la bruja, entregando la poción a la sirena; luego le cortó la lengua, y la sirena quedó muda, incapaz de cantar o hablar jamás.

—Si los pulpos intentan atraparte cuando nades de regreso —dijo la bruja—, rocíalos con una gota de esta poción, y sus manos y dedos se harán mil pedazos.

Pero la sirena no tuvo necesidad de hacerlo: los pulpos se apartaban con horror ante la sola vista de la poción, que brillaba en sus manos como una estrella radiante. Rápidamente atravesó el bosque, pasó el pantano y los remolinos burbujeantes.

He aquí el palacio de su padre; las luces en el salón de baile estaban apagadas, todos dormían; ella no se atrevió ya a entrar allí: era muda y se disponía a abandonar para siempre la casa paterna. Su corazón estaba a punto de romperse de angustia y tristeza. Se deslizó hacia el jardín, tomó una flor de cada lecho de sus

hermanas, envió miles de besos con la mano a sus seres queridos y ascendió a la superficie azul oscura del mar.

El sol aún no había salido cuando vio ante sí el palacio del príncipe y se sentó en la magnífica escalera de mármol. La luna la iluminaba con su maravilloso resplandor azulado. La sirena bebió la brillante y aguda poción, y le pareció que la atravesaban de lado a lado con una espada de doble filo; perdió el conocimiento y cayó como muerta.

Cuando recobró el sentido, el sol ya brillaba sobre el mar; sentía un dolor ardiente en todo su cuerpo, pero frente a ella estaba el hermoso príncipe, mirándola con sus ojos negros como la noche; ella bajó la vista y vio que, en lugar de su cola de pez, tenía dos piececitos blancos y pequeños, maravillosos, como los de un niño. Pero estaba completamente desnuda, así que se envolvió en su larga y espesa cabellera. El príncipe le preguntó quién era y cómo había llegado allí, pero ella solo lo miró mansa y tristemente con sus ojos azul oscuro: pues no podía hablar. Entonces él la tomó de la mano y la llevó al palacio. La bruja había dicho la verdad: con cada paso, la sirena sentía como si pisara cuchillos afilados y agujas, pero soportaba el dolor con paciencia y caminaba junto al príncipe, ligera y aérea como una burbuja de agua; el príncipe y todos los presentes solo se maravillaban de su maravilloso andar deslizante.

Vistieron a la sirena con seda y muselina, y se convirtió en la primera belleza de la corte, pero seguía siendo muda: no podía ni cantar ni hablar. Hermosas esclavas, todas vestidas de seda y oro, aparecieron ante el príncipe y sus reales padres y comenzaron a cantar. Una de ellas cantaba especialmente bien, y el príncipe aplaudía y le sonreía; la sirena se entristeció mucho: ¡ella también había podido cantar alguna vez, y incomparablemente mejor! «¡Ah, si él supiera que renuncié para siempre a mi voz solo para estar cerca de él!»

Luego las esclavas comenzaron a bailar al sonido de la música más maravillosa; entonces también la sirena levantó sus blancas y bonitas manitas, se puso de puntillas y se lanzó en un baile ligero y aéreo: ¡nadie había bailado nunca así! Cada movimiento aumentaba aún más su belleza; solo sus ojos decían al corazón más que el canto de todas las esclavas.

Todos estaban encantados, especialmente el príncipe, quien llamó a la sirena su pequeña encontrada, y la sirena siguió bailando y bailando, aunque cada vez que sus piececitos tocaban el suelo, sentía un dolor tan grande como si pisara cuchillos afilados. El príncipe dijo que ella debía estar siempre junto a él, y se le permitió dormir sobre una almohada de terciopelo frente a la puerta de su habitación.

Él mandó confeccionarle un traje masculino para que pudiera acompañarlo en sus paseos a caballo. Cabalgaban por bosques fragantes, donde entre el follaje fresco cantaban los pajarillos y las ramas verdes golpeaban sus hombros; escalaban altas montañas y, aunque de sus pies brotaba sangre de modo que todos podían verlo, ella reía y continuaba siguiendo al príncipe hasta las cumbres más altas; allí contemplaban las nubes que flotaban a sus pies, como bandadas de pájaros que volaban hacia países lejanos.

Cuando permanecían en casa, la sirena iba por las noches a la orilla del mar, descendía por la escalera de mármol, sumergía sus pies ardientes como en fuego en el agua fría y pensaba en su hogar natal y en el fondo del mar.

Una noche, sus hermanas emergieron del agua tomadas de la mano y entonaron una canción triste; ella les hizo señas, ellas la reconocieron y le contaron cuánto las había afligido a todas. Desde entonces la visitaban cada noche, y una vez incluso vio a lo lejos a su vieja abuela, que hacía muchísimos años no subía desde el agua, y al propio rey del mar con la corona en la cabeza; ellos extendían hacia ella sus manos, pero no se atrevían a acercarse a tierra tanto como las hermanas.

Día tras día, el príncipe se encariñaba cada vez más con la sirena, pero solo la amaba como a una dulce,

niño bondadoso, hacerla su esposa y reina ni siquiera se le pasó por la cabeza, y sin embargo ella debía convertirse en su esposa, de lo contrario no podría obtener un alma inmortal y debería, en caso de que él se casara con otra, transformarse en espuma marina.

«¿Me amas más que a nadie en el mundo?» —parecían preguntar los ojos de la sirenita mientras el príncipe la abrazaba y besaba su frente.

—Sí, ¡te amo! —decía el príncipe—. Tienes un corazón bondadoso, eres la más fiel para mí y te pareces a la joven doncella que vi una vez y a quien, seguramente, nunca más veré. Yo navegaba en un barco, el barco se hizo añicos, las olas me arrojaron a la orilla cerca de un templo maravilloso donde sirven a Dios jóvenes doncellas; la más joven de ellas me encontró en la orilla y me salvó la vida; la vi solo dos veces, pero solo a ella en todo el mundo podría amar. Pero tú te pareces a ella y casi has desplazado de mi corazón su imagen. Ella pertenece al santo templo, y he aquí que mi estrella feliz me ha enviado a ti; ¡nunca me separaré de ti!

«¡Ay, él no sabe que fui yo quien le salvó la vida! —pensaba la sirenita—. Lo saqué de las olas del mar hasta la orilla y lo deposité en un bosquecillo donde había un templo, y yo misma me escondí en la espuma marina y observé si alguien acudiría en su ayuda. Vi a esa hermosa doncella a quien él ama más que a mí». Y la sirenita

suspiraba profunda, profundamente; llorar no podía—. «Pero esa doncella pertenece al templo, nunca aparecerá en el mundo, y ¡nunca se encontrarán! En cambio, yo estoy junto a él, lo veo cada día, puedo cuidarlo, amarlo, dar por él mi vida».

Pero entonces comenzaron a rumorar que el príncipe se casaría con la encantadora hija del rey vecino y por eso equipaba su magnífico barco para navegar. El príncipe iría al rey vecino, como si fuera para conocer su país, pero en realidad para ver a la princesa; con él viajaba también un gran séquito. La sirenita, ante todas estas habladurías, solo meneaba la cabeza y reía: pues ella conocía mejor que nadie los pensamientos del príncipe.

—¡Debo partir! —le decía él—. Necesito ver a la hermosa princesa: así lo exigen mis padres, pero ellos no me obligarán a casarme con ella, y yo jamás la amaré. Además, ella no se parece a aquella belleza a quien tú te asemejas. Y si al fin debo elegir una novia, elegiré, antes que a ninguna, a ti, mi muda encontrada de ojos parlantes.

Y besaba sus rosados labios, jugueteaba con sus largos cabellos y apoyaba su cabeza sobre su pecho, donde latía un corazón que anhelaba la dicha humana y un alma humana inmortal.

—¿No temes al mar, mi pequeña muda? —le preguntaba cuando ya estaban a bordo del magnífico barco que debía llevarlos a la tierra del rey vecino.

Y el príncipe le hablaba de las tormentas y de la calma, de los diversos peces que viven en las profundidades del mar y de las maravillas que allí habían visto los buzos, mientras ella solo sonreía escuchando sus relatos: pues ella mejor que nadie sabía qué había en el fondo del mar.

En una clara noche lunar, cuando todos, excepto un timonel, dormían, ella se sentó junto a la borda y comenzó a mirar las transparentes olas; y entonces le pareció ver el palacio de su padre; la vieja abuela estaba de pie en la atalaya y miraba a través de las ondulantes corrientes de agua la quilla del barco. Luego surgieron a la superficie del mar sus hermanas; la miraban tristemente y se retorcían sus blancas manos, mientras ella les asentía con la cabeza, sonreía y quería contarles cuán bien se encontraba allí, pero en ese momento se acercó a ella un grumete del barco, y las hermanas se sumergieron en el agua; el grumete pensó que aquello que había brillado entre las olas era blanca espuma marina.

Por la mañana el barco entró en el puerto de la magnífica capital del reino vecino. Y entonces en la ciudad comenzaron a repicar las campanas, desde las altas torres resonaron los sonidos de los cuernos, y en las plazas se reunieron regimientos de

soldados con bayonetas relucientes y estandartes ondeantes. Comenzaron las festividades, los bailes se sucedían uno tras otro, pero la princesa aún no había llegado: se había criado lejos, en algún convento, donde la habían enviado para aprender todas las virtudes reales. Finalmente llegó también ella.

La sirenita la miraba ávidamente y debió confesar que jamás había visto un rostro más dulce y hermoso. La piel del rostro de la princesa era tan delicada, tan transparente, y tras sus largas pestañas oscuras sonreía un par de ojos azul oscuro, mansos.

—¡Eres tú! —dijo el príncipe—. ¡Tú me salvaste la vida cuando yacía medio muerto en la orilla del mar!

Y estrechó contra su corazón a su ruborizada novia.

—¡Oh, soy demasiado feliz! —dijo a la sirenita—. ¡Lo que ni siquiera me atreví a soñar se ha cumplido! Tú te alegrarás de mi felicidad, ¡pues tanto me amas!

La sirenita besó su mano, y le pareció que su corazón estaba a punto de romperse de dolor: su boda debía matarla, transformarla en espuma marina.

Las campanas de las iglesias repicaron, por las calles cabalgaban los heraldos anunciando al pueblo el compromiso de la princesa. De los incensarios de los sacerdotes fluía fragante incienso, el novio y la novia se dieron las manos y recibieron la bendición del obispo. La sirenita, ataviada en seda y oro, sostenía la cola del vestido de la novia, pero sus oídos no oían la música festiva, sus ojos no veían la brillante ceremonia: pensaba en su hora mortal y en lo que perdía con la vida.

Esa misma noche el novio y la novia debían zarpar hacia la patria del príncipe; los cañones disparaban, las banderas ondeaban, y en la cubierta del barco se había erigido un lujoso pabellón de oro y púrpura; dentro del pabellón se alzaba un lecho maravilloso para los recién casados.

Las velas se hincharon con el viento, el barco deslizó suave y sin la menor sacudida sobre las olas y partió velozmente.

Cuando oscureció, en el barco se encendieron cientos de farolillos multicolores, y los marineros comenzaron a bailar alegremente en la cubierta. A la sirenita le vino a la memoria la fiesta que había visto en el barco el día en que por primera vez emergió a la superficie del mar, y entonces ella misma se lanzó en un rápido baile aéreo, cual golondrina perseguida por un milano. Todos estaban extasiados: ¡jamás había bailado tan maravillosamente! Sus delicados piecitos eran cortados como por cuchillos, pero ella no sentía ese dolor: su corazón sufría aún más. Solo una

tarde le quedaba para estar junto a aquel por quien había abandonado a sus seres queridos y el hogar paterno, entregado su voz maravillosa y soportado diariamente infinitos padecimientos, mientras él ni siquiera los notaba. Solo una noche más le quedaba para respirar el mismo aire que él, ver el mar azul y el cielo estrellado, y luego llegaría para ella la noche eterna, sin pensamientos, sin sueños. ¡Pues no le había sido dada un alma inmortal! Mucho después de la medianoche continuaron en el barco los bailes y la música, y la sirenita reía y bailaba con un tormento mortal en el corazón; el príncipe, mientras tanto, besaba a su hermosa novia, y ella jugaba con sus negros cabellos; finalmente, tomados de la mano, se retiraron a su magnífico pabellón.

En el barco todo quedó en silencio, solo el piloto permaneció al timón. La sirenita apoyó sus blancas manos en la borda y, volviendo el rostro hacia el oriente, esperó el primer rayo del sol, que, como sabía, debía matarla. Y de pronto vio en el mar a sus hermanas; estaban pálidas, igual que ella, pero sus largos y espléndidos cabellos ya no ondeaban al viento: habían sido cortados.

—Entregamos nuestros cabellos a la bruja para que nos ayudara a librarte de la muerte. Ella nos dio este cuchillo; ¿ves qué afilado es? Antes de que salga el sol, debes clavarlo en el corazón del príncipe, y cuando su sangre cálida salpique tus pies, estos volverán a unirse formando una cola de pez, volverás a ser una sirena, descenderás con nosotras al mar y vivirás tus trescientos años antes de convertirte en salada espuma marina. ¡Pero date prisa! O él o tú: uno de vosotros debe morir antes de la salida del sol. Nuestra vieja abuela está tan afligida que ha perdido por el dolor todos sus cabellos canosos, y nosotras hemos entregado los nuestros a la bruja. ¡Mata al príncipe y vuelve con nosotras! ¡Date prisa: ves, en el cielo ha aparecido una franja roja? Pronto saldrá el sol, y morirás. Con estas palabras suspiraron profunda, profundamente y se sumergieron en el mar.

La sirenita levantó la cortina púrpura del pabellón y vio que la cabecita de la preciosa novia descansaba sobre el pecho del príncipe. La sirenita se inclinó y besó su hermosa frente, miró al cielo donde ardía la aurora matutina, luego miró el agudo cuchillo y de nuevo fijó la vista en el príncipe, quien en ese momento pronunció en sueños el nombre de su novia —solo ella ocupaba sus pensamientos—, y el cuchillo tembló en las manos de la sirenita. Pero un minuto más, y

Ella lo arrojó a las olas, que se enrojecieron como si se hubieran teñido de sangre en el lugar donde cayó. Una vez más miró al príncipe con una mirada semiamortecida, se lanzó desde el barco al mar y sintió cómo su cuerpo se disolvía en espuma.

Sobre el mar se elevó el sol; sus rayos calentaron amorosamente la espuma marina, muerta y fría, y la sirenita no sintió la muerte; vio el claro sol y unas criaturas transparentes y maravillosas que revoloteaban por centenares sobre ella. Podía ver a través de ellas las blancas velas del barco y las nubes rojas en el cielo; sus voces sonaban como música, pero tan etérea que ningún oído humano podía percibirla, así como ningún ojo humano podía verlas a ellas mismas. No tenían alas, y se desplazaban por el aire gracias a su propia ligereza y etereidad. La sirenita vio que también ella tenía un cuerpo como el de ellas, y que cada vez más se separaba de la espuma del mar.

—¿Adónde voy? —preguntó, elevándose en el aire, y su voz sonaba con esa misma música etérea y maravillosa que ningún sonido terrestre podría transmitir.

—¡A las hijas del aire! —le respondieron las criaturas etéreas—. La sirena no tiene alma inmortal, y no puede adquirirla de otro modo que mediante el amor de un hombre hacia ella. Su existencia eterna depende de una voluntad ajena. Las hijas del aire tampoco tienen alma inmortal, pero ellas mismas pueden ganársela mediante buenas acciones. Volamos a países cálidos, donde los hombres perecen a causa del aire ardiente y pestilente, y llevamos frescura. Difundimos en el aire la fragancia de las flores y traemos a los hombres curación y consuelo. Después de trescientos años, durante los cuales hacemos todo el bien que está en nuestras manos, recibimos como recompensa un alma inmortal y podemos participar en la dicha eterna del hombre. Tú, pobre sirenita, anhelaste con todo tu corazón lo mismo que nosotros, amaste y sufriste; ¡levántate, pues, junto con nosotras hacia el mundo de las nubes! Ahora tú misma puedes alcanzar un alma inmortal.

Y la sirenita extendió sus manos transparentes hacia el sol de Dios y, por primera vez, sintió lágrimas en sus ojos.

Mientras tanto, en el barco todo había vuelto a moverse, y la sirenita vio cómo el príncipe y su novia la buscaban. Miraban con tristeza la espuma agitada del mar, como si supieran que la sirenita se había arrojado a las olas. Invisible, la sirenita besó en la frente a la hermosa novia, sonrió al príncipe y ascendió junto con los demás hijos del aire hacia las nubes rosadas que flotaban en el cielo.

—¡Dentro de trescientos años entraremos también nosotros en el reino de Dios! ¡Quizás antes! —susurró una de las hijas del aire—. Como invisibles penetramos en las moradas de los hombres donde hay niños, y si encontramos allí un niño bueno y obediente que alegra a sus padres y es digno de su amor, sonreímos, y el tiempo de nuestra prueba se reduce en un año entero; pero si encontramos allí un niño malo y desobediente, lloramos amargamente, y cada lágrima añade un día más al largo plazo de nuestra prueba.

